



Beatriz Reyes Cano

EL TEQUILA SABE A MALAS DECISIONES



LAS PLANTAS NO MIENTEN



EL TEQUILA SABE A MALAS DECISIONES
LAS PLANTAS NO MIENTEN

El tequila sabe a malas
decisiones

Las plantas no mienten

Beatriz Reyes Cano



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
MÉXICO, 2026



Primera edición: 2026

D.R. © BEATRIZ REYES CANO

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SINALOA
Blvd. Miguel Tamayo Espinoza de los Monteros 2358,
Desarrollo Urbano 3 Ríos, 80020, Culiacán de Rosales, Sinaloa
www.uas.edu.mx
DIRECCIÓN DE EDITORIAL
<http://editorial.uas.edu.mx>

ISBN: 978-607-737-554-8

Edición sin fines de lucro.
Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

EL TEQUILA SABE A MALAS DECISIONES

Sabía que esa sería una gran noche.

Mi papá estaba de viaje y mi mamá me dio permiso de invitar a mis amigos.

—Nomás no hagan mucho escándalo, no vaya a ser que se molesten los vecinos —me dijo.

—¡Ay, mamá! Como si al vecino de la casa azul le importara mucho el sueño de los demás. Acuérdate cuántos días tocó la banda en su cumpleaños: tres, mamá, tres días. ¿Crees que le interesó que yo fuera a la escuela sin dormir? Claro que no. Y la hija de la enfermera, la que se trae a sus amigos cada vez que a su mamá le toca guardia, ¿te pregunta si molesta? Tampoco, ¿verdad? Así que no me voy a preocupar por eso.

—Pues ya te lo advertí, no quiero quejas —dijo antes de encerrarse en su cuarto a ver películas.

En cuanto cerró la puerta, mandé el mensaje al grupo: «Cáiganle a la casa. Tengo música y botana; inviten a sus amigos, cada quien su pisto».

Puse una mesa con botanas en el área verde, una barra improvisada y fui a pedirle prestada una hielera al vecino, el de la fiesta de tres días. Sabía que no me la

iba a negar: lo vi en el antro con una mujer más joven que su esposa, en una situación muy comprometedor.

A eso de las ocho llegó Michelle y me dijo que había visto a Luke en el Oxxo comprando unas botellas.

Luke es mi mejor amigo. Es muy guapo. Estoy acostumbrada a que las chicas se le lancen y a que él sea un picaflor, pero la última vez que lo vi no quedamos en buenos términos.

Camila y yo salimos a comer con él y nos dejó solas en la mesa para irse de coqueto con una chica que conoció en el estadio de beisbol. Cuando se lo reclamé, me respondió que quién era yo para prohibirle hablar con otras chicas.

Ojalá no venga, pensé.

Pero vino.

Primero llegaron Diana, Miriam, Valeria y Camila con una hielera llena de cerveza. Así empezó la fiesta. Nos tomamos fotos antes de que se nos arruinara el maquillaje, nos sentamos a platicar y, por supuesto, a brindar.

—Llenen sus copas para grabar un *boomerang* —dijo Diana—. ¡Listo! Ahora una foto. ¡Posen, chicas!

Un poco después llegaron Carlos y Luke.

Luke me saludó tan efusivo como siempre, como si no hubiera pasado nada. Se sentó a mi lado y me abrió una cerveza.

La música seguía subiendo y, sin darme cuenta, la casa empezó a llenarse de caras nuevas, vasos en la mano y risas que no reconocía.

Por curiosidad, revisé la publicación de Diana. Tenía muchas más vistas de las que hubiera imaginado. Decía: «Adivinen dónde estamos. Dice la anfitriona que cada quien su pisto».

—No inventes, Diana. ¿Qué hiciste?

—Seguir tus instrucciones —me dijo—. No te preocupes, está en mi Close Friends. Querías una fiesta divertida, ¿no? Pues la tendrás. Y dime, ¿qué traes con Luke?

—Ya te conté lo que pasó cuando fuimos a comer —le respondí.

—Ay, Sofía, qué simple eres. Claro que prefirió ligar con una chica antes que comer contigo y Camila. Yo hubiera hecho lo mismo —se rio—. ¿O qué? ¿Te gusta Luke?

—¡Claro que no! —contesté—. Es mi amigo de toda la vida, es como mi hermano, crecimos juntos.

—Entonces perdónalo. No pierdas su amistad por una tontería. Cambiemos de tema, ahí viene —dijo Diana bajando el tono de voz.

Luke se acercó.

—¡Qué buena fiesta, Sofía! Vamos a bailar.

—Sí, vamos —le dije—. Aunque no me tienes muy contenta.

—¡Órale! ¿Por qué estás molesta conmigo?

—Ah, ¿no te acuerdas? Nos dejaste solas a Camila y a mí cuando fuimos a comer.

—Ay, Sofía, ¿sigues enojada por eso? Tenía que quedar bien con Gloria, va empezando la temporada de beisbol y quiero que me invite al palco de su papá.

—Pero ibas con nosotras, tú nos invitaste a comer.

—Ya, Sofía, perdón. No lo volveré a hacer.

—Te perdono solo porque eres mi mejor amigo, pero no quiero que vuelva a suceder, ¿vale?

Cuando estábamos bailando, me di cuenta de que la música provenía de un DJ.

¿En qué momento llegó el DJ? No lo sé —la duda se fue diluyendo entre la música y el alcohol.

—Vamos por un trago —dijo Luke.

Al llegar a la barra improvisada nos topamos con Carlos, que acomodaba vasos rojos en una mesa que había sacado de la cochera del vecino, el de la fiesta de tres días.

—*¡Beer pong!* —gritó, alzando una botella de tequila.

—Vamos a jugar, Sofía —dijo Michelle.

Dudé un segundo, pero acepté. Perdí la cuenta después del tercer *shot*. Estaba feliz. Todo empezó a sentirse más ligero, más fácil. Me reía de todo.

Entonces lo vi.

Era un chico de la universidad. Apenas nos saludábamos en los pasillos, pero siempre me había gustado.

Se acercó y empezamos a platicar de cualquier cosa. Bailamos un rato. En algún momento nos alejamos de la fiesta.

Platicamos un poco, luego nos besamos. Al principio fue raro, pero el tipo besaba realmente bien. Por un segundo me sentí poderosa. Al siguiente, completamente perdida. Las cosas fueron subiendo de intensidad, hasta que quiso ir más rápido de lo que yo quería. De golpe, sentí que volví a la realidad.

Entonces escuché una voz en mi interior que me gritaba *¿qué estás haciendo, Sofía? ¿Te has vuelto loca o qué? Tú no haces estas cosas, no eres tú en este momento, regresa a la fiesta. ¡Vamos!*

—No —dije, apartándome—. Tengo que regresar a la fiesta, soy la anfitriona —él intentó detenerme.

—No me toques, vete de mi fiesta —le dije.

Me alejé de ahí con el corazón acelerado y un sentimiento de culpa y vergüenza. Esa no era yo. O al menos, no la Sofía que yo creía ser.

Mis amigas seguían en la mesa de *beer pong* llenando caballitos, así que busqué a Luke.

—Me siento mal. Necesito contarte algo —le dije, jalándolo del brazo.

Avergonzada, le conté lo que pasó. Luke me escuchó sin interrumpir.

—Los vi alejarse de la fiesta —me dijo.

—¿Me viste alejarme con él y no hiciste nada?

—Pensé que estabas bien —respondió.

—¿Pensaste que estaba bien? —le dije mientras las lágrimas corrían por mis mejillas—. ¿Cuándo me has visto hacer esto? ¿No pensaste que había bebido demasiado?

Luke bajó la mirada.

—Aun cuando no lo hubiera querido, debiste detenerte porque eres mi amigo. Los amigos se aconsejan, se cuidan, y tú dejaste que ese tipo que ni siquiera conozco intentara aprovecharse de mí. ¡Vaya clase de amigo que eres! —dije alejándome de él.

La música seguía sonando y la fiesta continuaba como si nada. Me puse a bailar con las chicas, pero yo sentí que algo había cambiado. No sabía si estaba más decepcionada de Luke o de mí misma. Por primera vez en la noche pensé que todo se me había ido de las manos... Y ya no estaba tan segura de seguir teniendo el control.

Después de eso seguí tomando. No sé bien por qué. Tal vez para no pensar, tal vez porque me sentía tan avergonzada que ya me daba igual. Cada vez que alguien me ofrecía una cerveza o un vaso, lo aceptaba. La música seguía sonando, pero ya no era tan divertida. Volví a la mesa donde seguían jugando *beer pong*. Empezaba a dolerme la cabeza y sentía que el cuerpo no me perteneciera del todo.

Poco a poco, la gente comenzó a irse. Algunos se despedían, otros simplemente desaparecían. La fiesta se estaba apagando, y yo también.

Vi a Luke que estaba regresando la mesa a la casa del vecino y algo dentro de mí explotó.

—¡Tú tienes la culpa! —le grité, caminando hacia él sin pensar—. ¡Esto pasó por tu culpa!

—Sofía, cálmate.

—¡Me besé con ese tipo por tu culpa!

—Cálmate, no grites.

—¿Que me calme? ¿Quieres que me calme? —seguí gritando mientras caminaba hacia mi casa—. ¡Eres mi amigo y no me cuidaste! ¡Me dejaste hacer algo que sabes bien que está mal, aunque tú lo hagas con todas las chicas que conoces! Yo no soy así, lo sabes.

Sentía calor, enojo, ganas de llorar y de gritar, todo al mismo tiempo. Luke intentó acercarse, pero yo lo empujé. Luego empecé a golpearlo en el pecho, torpe, sin fuerza, pero con rabia.

—¡Déjame! —le gritaba—. ¡No me toques!

Escuché una puerta abrirse.

—¿Qué está pasando aquí? —era la voz de mi mamá.

Al mismo tiempo, el vecino de al lado de mi casa salió también. Todo se volvió confuso. Luces prendidas, miradas sobre de mí, silencio incómodo.

Luke me tomó con cuidado, pero firme.

—Sofía, ya —me dijo—. Vamos a entrar.

Yo seguía gritando, diciendo cosas que no recuerdo bien. Él me cargó en brazos porque me tropecé y estuve a punto de caer. Me sentía humillada, furiosa, mareada. Pataleaba, pero no tenía fuerza.

Entre él y mi mamá lograron meterme a la casa. Mi mamá no dijo mucho. Su cara lo decía todo.

—A la regadera —ordenó.

El agua fría me cayó como un golpe. Me ardía la piel, pero poco a poco mi cabeza empezó a aclararse. Me quedé ahí un rato, sentada en el piso, abrazándome las rodillas. Me sentía vacía. Me sentía tonta. Me sentía chiquita.

Cuando salí, con el cabello mojado y envuelta en una toalla, mi mamá me miró sin decir nada y señaló las escaleras.

—Luke está abajo —dijo—. Te está esperando. Ponte la pijama.

Bajé despacio. Luke estaba sentado en el sillón, con las manos juntas, mirando al piso. Cuando me vio, levantó la mirada.

—Lo siento —le dije, casi en un susurro—. No debí gritarte... ni pegarte.

Luke suspiró.

—Estabas mal, Sofía. Me preocupaste.

—Yo solo... —tragué saliva—. Siempre pensé que si me encontraba en una situación de riesgo tú me ibas a

cuidar como lo has hecho desde que éramos niños, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo bien, siempre te he cuidado y debí hacerlo también en esta ocasión—respondió—. Me siento avergonzado. Perdóname, por favor.

—Perdóname tú también —le dije—, estaba descontrolada, no debí beber tanto.

Afuera, la privada estaba otra vez tranquila, como si nada hubiera pasado. Mamá me ayudó a recoger la basura.

A la mañana siguiente desperté con la boca seca y la cabeza latiéndome como si alguien golpeará la puerta desde adentro. El cuarto olía a alcohol y culpa.

No recordaba todo con claridad, pero sí lo suficiente.

Mi mamá no me habló en el desayuno, y eso fue peor que cualquier regaño.

Me serví un vaso de agua, y cuando el líquido me tocó la lengua, pensé que el tequila no sabía a limón ni a sal: sabía a malas decisiones.

Y esa, definitivamente, había sido una *gran noche*.

LAS PLANTAS NO MIENTEN

Hola, soy Leslie. Tengo 19 años. Estudio, me gusta salir con mis amigos y suelo creer, siempre, que todo va a salir bien.

Ayer fue mi cumpleaños y, para ser honesta, pensé que sería una de esas noches que se recuerdan por las razones correctas: risas, música, amigos y cero arrepentimientos. Tenía grandes expectativas. Demasiadas, quizá.

Lo que no imaginé es que terminaría despertando con el cuerpo adolorido, la cabeza hecha un desastre y la sensación incómoda de que algo no había salido como esperaba.

No tuve mucho tiempo para reflexionar sobre lo ocurrido. Antes de poder ordenar mis recuerdos, mi cuerpo empezó a cobrar factura de la noche anterior. Había una pesadez extraña en cada movimiento, una incomodidad difícil de explicar, como si algo dentro de mí estuviera fuera de lugar. Intenté moverme despacio, sin saber aún qué hora era ni por qué me sentía así.

La luz del sol me dio de lleno en la cara y me sacó del sueño. Intenté abrir los ojos, pero el resplandor me lo

impidió. Mi cuerpo seguía dormido; mi cerebro aún no procesaba nada. Cuando por fin logré moverme, sentí que el cuarto daba vueltas. Vino a mi mente el volantín del parque en el que me gustaba jugar cuando mi papá lo hacía girar muy fuerte: esa sensación de libertad me hacía feliz. Solo que ahora no era felicidad lo que sentía, sino unas ganas enormes de vomitar.

Me levanté como pude y llegué al baño sujetándome de la cama y la pared. Vací el estómago hasta quedar agotada. Luego me metí a la regadera, abrí la llave y dejé que el agua fría corriera sobre mi cabeza. Sentí un ardor en las piernas; intenté agacharme para ver qué tenía, pero un mareo me lo impidió. Permanecí bajo el agua hasta que la sensación cedió.

Me envolví en la toalla y me recosté en la cama. Estaba a punto de quedarme dormida cuando mamá abrió la puerta para ver si ya había despertado. En ese momento, mi perrita entró corriendo al cuarto persiguiendo al gato; saltaron a la cama y comenzaron a jugar. El movimiento del colchón fue suficiente para que un recuerdo de la noche anterior regresara, desordenado, a mi cabeza.

Estábamos todos sobre el brincolín, riéndonos sin parar, saltando como si el piso no existiera. La música sonaba fuerte, Luke gritaba mi nombre y Erick pedía más cerveza. La lona se hundía bajo nuestros pies y, por un segundo, me sentí ligera, suspendida en el aire,

casi invencible. Luego vino el ruido seco, un *crac* que nadie quiso escuchar. El brincolín se venció de un lado y todos caímos encima unos de otros, entre risas, quejidos y gritos. Camila se levantó cojeando, Diana seguía tirada, riéndose, y yo me quedé ahí, mirando el cielo, pensando que quizá eso no había sido tan buena idea.

Antes de que alguien pudiera decir algo coherente, sentí las primeras gotas de lluvia caer sobre mi cara. Era ese tipo de lluvia que no pregunta si tienes planes.

—Tranquilos, no pasa nada —dijo Enrique, levantando los brazos—. Es solo una llovizna. Ustedes, los del brincolín, ya levántense, no sean pancheros.

Nos levantamos entre risas y seguimos bailando bajo la lluvia, que en cuestión de minutos se volvió más insistente, como si el cielo también hubiera decidido unirse a la celebración.

—¡Métanse a la casa! —grité, mientras tomaba el pastel.

Corrimos entre risas y tropiezos, empapándonos en el intento. Algunos resbalaron en el pasto mojado; otros cargaban vasos medio llenos tratando de salvar lo insalvable. Mario y Pepe arrastraban la hielera como si fuera un tesoro. El maquillaje empezó a correrse, los tenis hacían ese ruido incómodo de agua atrapada, y la música se escuchaba cada vez más lejana.

—¡La bocina! —gritó Cristian—. ¡Vamos por ella!

Sin pensarlo, se regresó bajo la lluvia y Omar fue tras él.

Nos refugiamos como pudimos en la casa más cercana, pero éramos demasiados para tan poco espacio. Seguimos corriendo hasta mi casa. Al entrar, el estruendo de un rayo nos hizo gritar a todos al mismo tiempo.

Unos se sentaron en la escalera, otros en el comedor; algunos se metieron directo a la cocina para preparar bebidas. Jonás tropezó al entrar, se cayó y resbaló hasta la cocina. Al verlo, todos estallamos en carcajadas. Había gente sentada en el piso, otros recargados en la pared, y hubo quien decidió que era buen momento para vomitar en el jardín, bajo la lluvia, como si eso también fuera parte del ritual.

Yo me quedé de pie, temblando un poco, sin saber en qué momento había perdido el control de la noche. No sabía si reírme o ponerme a llorar.

—Vamos, no estés triste, es tu fiesta —me dijo Fernanda, acercándose.

—Sí... una fiesta arruinada —contesté.

— ¿Arruinada? Claro que no —dijo Pepe antes de meterse al baño.

Unos segundos después, salió.

—Es la fiesta más divertida a la que he ido en mucho tiempo —dijo, muy orgulloso.

Lo seguimos con la mirada y no pudimos aguantar la risa al ver que su pantalón estaba roto y el interior

del bolsillo le colgaba de fuera, dejando ver un bóxer de Mickey Mouse.

—¡Pepe, tu pantalón! —le gritó Fernanda entre carcajadas.

Todos se rieron y comenzaron a bromear al ver su bóxer.

—¡Jajajajaja, te llevaste la noche! —gritó alguien desde el fondo.

Y ahora, acostada en mi cama, con el estómago revuelto y la cabeza latiendo, el recuerdo del brincolín roto y la lluvia cayendo sin aviso me parecía una advertencia que había llegado demasiado tarde.

Miré mis piernas, enrojecidas y llenas de raspones. Intenté recordar qué me había pasado, pero no logré reconstruir nada con claridad.

Al parecer, mi fiesta de cumpleaños no salió como lo había planeado; aunque, siendo honesta, nadie planeó nada.

Me senté con cuidado en la cama. Cada movimiento era un recordatorio punzante de que algo había pasado. En el piso estaban mis tenis, llenos de lodo, y mi blusa colgada en la lámpara; eran las pruebas silenciosas de una noche que no lograba recordar del todo.

—Feliz cumpleaños —me dije, tratando de reconstruir la noche.

Los recuerdos llegaron como *flashbacks* mal editados.

Primero, la llegada de todos con abrazos, felicitaciones y algún regalito envuelto a la carrera. Los de siempre diciendo que «nomás venían un rato», como si alguien de verdad creyera eso.

Luego el brincolín. Alguien que conozco, pero en este momento no recuerdo su nombre, juró que aguantaba perfectamente a cinco personas. Todavía no entiendo por qué le creímos. Después de un rato, escuchamos un *crac* seco y vimos cómo se hundía lentamente, como un barco abandonando la esperanza. Por fortuna, nadie se lastimó, fue tan divertido que no podíamos dejar de reír. El brincolín se quedó hundido en el pasto, mientras la música seguía sonando como si nada hubiera pasado.

Fernanda desapareció un rato y la encontramos sentada en la jardinera, riéndose con un chico que no reconocí. Estaban empapados, despeinados y felices, como si el resto del mundo no existiera. Por un segundo pensé que eso también era parte de la fiesta: perderse un rato para no pensar en nada.

Yo recuerdo haberme sentido increíble. Como si todo estuviera pasando exactamente como debía pasar. Por un momento, nada importaba: ni la lluvia, ni el caos, ni que alguien estuviera vomitando en una maceta que no era mía. En ese momento, eso me pareció suficiente.

Después... el vacío. Como si alguien hubiera apagado la noche.

Intenté levantarme de la cama y entonces vi mis piernas adoloridas, llenas de espinas.

—¿Por qué tengo tantas espinas? —pregunté, aunque estaba sola.

No podía recordarlo.

Fui al baño y me miré al espejo. Tenía moretones que no reconocía y pequeñas marcas rojas en las piernas. Mientras me quitaba con cuidado algunas espinas, una imagen empezó a armarse sola: el jardín, la lluvia, yo caminando sin fijarme por dónde... alguien gritándome algo que no escuché.

Salí al patio.

Ahí estaba la prueba: una planta completamente aplastada y triste. Me quedé viéndola unos segundos.

—Perdón —le dije—. Fue mi cumpleaños.

Regresé a mi cuarto, caminando despacio, como si cada paso fuera una advertencia. Me senté en la cama y solté una carcajada que no supe detener, una de esas que hacen llorar de risa, porque cuando todo ya pasó, reírse es a veces lo único que queda por hacer.

No recordaba el momento exacto de la caída, ni quién estaba conmigo, ni si alguien se rio o me ayudó a levantarme. Solo sabía que mi cuerpo había pasado la factura completa.

Afuera, la mañana era tranquila, demasiado tranquila para todo lo que había pasado la noche anterior. El patio estaba cubierto de huellas de lodo, vasos olvi-

dados y risas que ya no estaban. La planta seguía ahí, aplastada, como testigo silencioso de la fiesta.

ÍNDICE

El tequila sabe a malas decisiones..... 7

Las plantas no mienten 17

C U E N T O S

